

Violencia que engendra la no violencia

Por Ernesto López Portillo Vargas

“¿Has matado alguna vez a alguien? Sí. ¿En qué circunstancias? Ah, él hizo algo que no debería haber hecho en la favela [...] Robó en una ferretería de la favela. Se arriesgó justo cuando yo pasaba por el lugar [...] Había otro amigo por ahí, cerca, así que lo llamé y lo cogimos entre los dos...”. Quien responde es un *Soldado* de 16 años de edad. Soldado es un término utilizado por los narcotraficantes de Río de Janeiro para referirse a los responsables de la seguridad dentro de la favela.

Me subo al avión luego de visitar un país donde el riesgo de morir por armas de fuego es 2.6 veces mayor que en el promedio del orbe. Aquí, durante los últimos veinte años, las armas han sido usadas para triplicar la tasa de homicidios, llegando así al cuarto lugar mundial, apenas abajo de Colombia, África del Sur y El Salvador. Vine invitado por la organización de la sociedad civil líder en este país en la producción de investigación y acción contra la violencia: Viva Río. Encontré dos correlatos: la violencia extrema y la intervención extrema contra la violencia. Unos lo arriesgan todo para matar y en el camino mueren, otros se arriesgan para vivir y para que otros vivan.

La semana inicia acompañando a una de las investigadoras de Viva Río a una unidad de policía localizada en el centro de una favela en las inmediaciones de la ciudad. Pasamos la puerta y detrás entran corriendo dos niñas de raza negra. Vienen a saludar. La guía de inmediato me avisa: “Lo que estás viendo para muchos es imposible y muy pocos lo creerían; por lo general, los niños no se acercan a la policía”. De hecho, me informan otras fuentes, un grupo especial de la policía militar de Brasil es tal vez el mayor motivo de terror entre los menores de las favelas. Pero aquí, en la unidad que visito, la realidad es otra y el Teniente responsable, de sólo treinta años, es visitado ante mi presencia por algunos niños para mostrarle sus estampas de jugadores de balompié; quieren llegar al mundial de fútbol con el álbum lleno. Otros niños tienen otras historias: “Se cree que cerca del 50% de los 10,000 miembros estimados de las facciones de narcotraficantes de Río de Janeiro son menores”.

Los extremos y los contrastes. Hacen falta muchas miradas y muchos ángulos de mirada para entender la complejidad. Cómo procesar, por ejemplo, las palabras de la Coordinadora del Proyecto de Seguridad Humana de Viva Río, quien narra una experiencia apenas sucedida donde el Director Ejecutivo de la organización participó en la contención de un enfrentamiento armado entre civiles y policías: “Ahí estuvimos y nosotros tenemos que escuchar todos los lados”, remata, para dejarme helado. Parecen mediadores en una guerra, concluyo. Es cierto, Viva Río habla o trata de hablar con todos. Una muestra: diseñaron un curso que ya está integrado a los programas oficiales de formación de la Policía Militar, la más numerosa e importante del país; por su módulo han pasado 8 mil policías.

Nada fácil cuando, según una reciente denuncia convertida en libro, en el mismo cuerpo que ellos vienen ayudando a capacitar, hay uniformados de *élite* que salen a la calle con cierto tipo de bolsas que forman parte de un combo con varios instrumentos para torturar; las bolsas están echas para ahogar a la víctima. Viva Río apoya en proyectos específicos nada menos que al cuerpo policial que más mata y más muere en el orbe. En

efecto, hablan con todos los actores de la violencia y de la no violencia, la privada y la oficial. La lección es contundente.

Entre los que llevan uniforme gris, hay algunos que en lugar de salir a torturar, organizan y convocan clases de ballet, de informática y de jazz en las propias instalaciones de la policía, sesiones a las que todos los días asisten niños de la comunidad. Cuartel policial a cargo del Teniente mencionado, quien en su encuentro conmigo se pierde un minuto y vuelve con cartas de niños que le han enviado para escribirle que el Agrupamiento Policial para Áreas Especiales a su cargo (eufemismo que refiere a unidades policiales en favelas, me aclaran) es bueno y hace cosas buenas para la gente. El orgullo de ser policía transpira por su piel. Minutos después, cambia su expresión cuando le pregunto si tiene apoyo institucional para desarrollar este modelo que aplica. El Teniente contiene su respuesta y es la antropóloga que me ha llevado quien informa que él hace esto más bien por una decisión personal, de hecho, enfrenta presiones acusado de tener un perfil débil. Algo muy atractivo ha de tener ese supuesto perfil débil, pienso, cuando me entero que la favela tiene tres años bajo control, al menos en lo que se refiere a homicidios y enfrentamientos armados, que hay policías que ya tienen parejas en el propio barrio y que llegan apoyos privados de otros lados, por ejemplo, en la forma de computadoras. Estoy frente a un experimento tal vez único, en otras favelas las cosas no son así.

Los ocho días fueron igual: noticias y vivencias extraordinariamente positivas, avanzadas y admirables, frente a otras dolorosas, dramáticas y por momentos inaguantables. De la favela a Viva Río, organización autónoma que alberga, sólo en su sede, aproximadamente a ciento ochenta personas, mientras afuera trabajan 400 más. En esa organización convive la investigación teórica de más alto nivel (han sentado precedentes mundiales en materia de estudios sobre violencia y armas de fuego) con la intervención directa en las favelas divididas por líneas imaginarias cuyo cruce no autorizado es castigado con la muerte, impuesta por uno de varios grupos fuertemente armados, formados en buena parte por menores. Luego el intento fallido. No logro entrar a una favela de estas características porque no había personal disponible para acompañarme en la salida, antes del anochecer. Y ahí mismo hay un proyecto llamado Lucha por la Vida que consiste en torneos de box. El deporte es medio de contención en un ambiente donde las armas están a la vista y los enfrentamientos “pueden darse en cualquier momento”.

Y se dan. Los menores en estas tierras mueren con más frecuencia que ahí donde se vive guerra interna. Entre 1978 y 2000, 39 mil personas murieron como resultado del conflicto civil en Colombia; en el mismo periodo, sólo en Río de Janeiro, más de 49 mil personas –muchas de ellas niños- murieron por armas de fuego de bajo calibre.

Dos días de la semana los dedico a participar en la creación de la nueva red latinoamericana de colaboración e intercambio entre sociedad civil y policías. Académicos y activistas de Argentina, Brasil, Colombia, Chile y México, más un representante de la Policía Militar del país anfitrión, damos el banderazo de salida al proyecto, cuya primera actividad, un curso participativo entre quince líderes policiales conducido por medio de una metodología creada por la red, ya está en camino. El curso no tendrá un formato convencional, los policías serán los protagonistas, son ellos quienes intercambiarán experiencias y desde su visión, la red construirá conocimiento para mejorar las prácticas policiales en la región. Además, la red dará forma al portal de

Internet más completo en temas de seguridad pública; ahí se concentrarán accesos a experiencias exitosas, instituciones y fuentes de conocimiento asociadas al tema. Con un proyecto inicial a tres años, la red implantará nuevas iniciativas agregando a otros países.

Al regreso en el avión leo pasajes de una investigación internacional comparada sobre violencia y jóvenes, denominada *Ni guerra ni paz*, editada por Viva Río y otras organizaciones. Largo texto que documenta el infierno: son los jóvenes entre 15 y 24 años las víctimas más frecuentes de homicidios y el problema es aún más grave porque cada vez más jóvenes mueren a manos de otros jóvenes.

Viva Río nació como un movimiento social en reacción a dos masacres ocurridas en 1993; una en julio, cuando ocho chicos de la calle fueron ultimados frente a la iglesia de la *Candelaria* en el centro de la ciudad de Río de Janeiro, y otra en agosto, cuando fueron asesinadas 22 personas en la *favela de Vigário Geral*. En 2004, esa organización fue actor clave en la Campaña de Entrega Voluntaria de Armas, con la que se recolectaron casi medio millón de ellas, hecho que, calculan especialistas, salvó más de tres mil vidas. ¿La violencia engendra la no violencia? Al menos aquí sí.